

# Alegría y fuerza para los santos. Las ofrendas dulces entre los otomíes del sur de Querétaro

## Joy and Strength for the Saints. The Sweet Offerings among the Otomíes in South Querétaro

Julio César Borja Cruz<sup>a</sup>

---

### Abstract:

In the otomí community of San Ildefonso Tultepec “the sweet (or sugary food)” has a very meaningful place within the ritual field. For the celebration to the *Niño Dios* (Holy Child), it is offered a sugar figure with a form of a bull. Sodas, candies and industrial stir-fry food such as potato chips are used to make the “Cuelgas” and the “Flor de Dios” offerings, which are present among the majority of this otomí festive calendar celebrations. In this text I focus on this three offering (Las cuelgas, la Flor de Dios and the sugar figure with a form of a bull) that, for analytical purposes will refer as “sweet offerings”. In this paper it is analyzed the feelings, perceptions and senses attached to both the sugar and the “sweet” for the otomíes in south Querétaro, through the analysis of “relations networks” (Lévi-Strauss, 1995) observed at this rural scenario, or said otherwise, the relationships-associations, correlations, substitutions that are built among the sweet and more elements of the ritual system, to elucidate such senses deployed among this otomí culture.

### Keywords:

Otomíes, Offerings, Sweet, Querétaro

### Resumen:

En la comunidad otomí de San Ildefonso Tultepec “lo dulce” tiene un lugar significativo en el ámbito ritual. Para la fiesta en honor al Niño Dios, se ofrenda una figura de azúcar en forma de toro. Refrescos, dulces y frituras de origen industrial son usadas para confeccionar las “cuelgas” y la “Flor de Dios”, dos ofrendas que están presentes en la mayoría de las celebraciones del calendario festivo. En este texto me centraré en estas tres ofrendas (las cuelgas, la Flor de Dios y el torito de azúcar) que, para fines analíticos, llamaré “ofrendas dulces”. Analizo los sentidos del azúcar y de lo “dulce” para los otomíes del sur de Querétaro, a partir del análisis de la “red de relaciones” (Lévi-Strauss, 1995) que se observan en el espacio ritual, es decir, profundizo en las relaciones -asociaciones, correlaciones, sustituciones- que se construyen entre lo dulce y los distintos elementos del sistema ritual, para elucidar dichos sentidos.

### Palabras Clave:

Otomíes. Ofrenda. Dulce. Querétaro

---

## Introducción

El consumo de alimentos y bebidas dulces se encuentra fuertemente arraigado entre los otomíes de San Ildefonso Tultepec, Querétaro, México. De forma cotidiana, desde hace décadas, el azúcar es utilizado como endulzante para el café y para preparar atole de maíz. Es común que se acompañen los alimentos de la tarde con refrescos y que se consuman distintas golosinas. Hasta hace unos años era frecuente la elaboración de un curado de pulque con miel obtenida de la caña de maíz o con la miel de abeja. El azúcar y los alimentos dulces también son utilizados en el ámbito ritual, especialmente para elaborar ofrendas destinadas a los santos; para la fiesta en honor al Niño Dios, una de las más significativas para la

comunidad, se ofrenda una figura de azúcar en forma de toro. Para hacer las “cuelgas” y la “flor de Dios”, dos ofrendas que están presentes en la mayoría de las celebraciones del calendario festivo, son utilizados refrescos, dulces y frituras de origen industrial. En este texto me centraré en estas tres ofrendas que, para fines analíticos, llamaré “ofrendas dulces”.

Examino los sentidos del azúcar y de lo “dulce” para los otomíes del sur de Querétaro, a partir del análisis de la “red de relaciones” (Lévi-Strauss, 1995) que se observan en los rituales. Es decir, sugiero profundizar en las relaciones -asociaciones, correlaciones, sustituciones- que se construyen entre “lo dulce” y los distintos elementos del sistema ritual, los cuales permiten dar cuenta de dichos sentidos. Expongo que por sus

---

<sup>a</sup> Colegio de Michoacán, México. ORCID <https://orcid.org/0000-0002-1740-770X> Email: [borjacruz.jc@gmail.com](mailto:borjacruz.jc@gmail.com)

“cualidades sensibles” (Lévi-Strauss, 2012) el azúcar está vinculada con la fuerza y el calor. Así mismo, los productos industriales han sido integrados al ámbito ritual; debido a sus características sensibles -su alto contenido calórico (aporte energético), sus sabores, formas y colores- se ha generado una asociación metafórica (Dehouve, 2009) entre estos y los frutos, y al mismo tiempo, estos son pensados como índices, en términos de Gell (2016), de alegría y amistad. Con este tipo de ofrendas se busca fomentar relaciones de reciprocidad con los santos, para que estos otorguen a la comunidad las bendiciones necesarias para llevar a cabo las actividades que aseguran el sustento. Las reflexiones que aquí presento se derivan de los datos etnográficos obtenidos en varias temporadas de campo (del 2014 al 2019) realizadas en la región.

### San Ildefonso Tultepec y el ciclo ritual

San Ildefonso Tultepec se ubica en el municipio de Amealco, al sur del estado de Querétaro y está conformada por diez barrios, en los que vive población mestiza y otomí. La presencia de este último grupo en la zona es de larga data. Se tiene registro de la fundación de San Ildefonso Tultepec, como comunidad indígena, en el año de 1897 (Van de Fliert, 1988), aunque algunos autores señalan que en la región había asentamientos otomíes antes del periodo de conquista (Valverde, 2009). En San Ildefonso se lleva a cabo la agricultura, que en su mayoría es de temporal; principalmente se cultiva el maíz, el frijol y la calabaza, cuya cosecha es destinada para el autoconsumo familiar. Usualmente se crían borregos, reses, gallinas y guajolotes o *güilos*, por lo general para el autoconsumo. En la comunidad destaca la producción de muñecas de tela, servilletas, manteles y bolsas con bordados, así como la producción alfarera, como ollas cazuelas, macetas y comales. Estos objetos son producidos para la venta dentro y fuera de la comunidad. La población otomí de la región tiene una larga historia de migración; por lo menos desde inicio del siglo XX (Serna, 1996; Arizpe, 1979). Este grupo se ha desplazado a distintas ciudades con el fin de vender dichas mercancías o para emplearse, principalmente, en la albañilería y en el trabajo doméstico.

Los otomíes de San Ildefonso cuentan con un complejo ciclo ritual que abarca gran parte del año. Las celebraciones con mayor importancia se llevan a cabo para los santos que están en la iglesia principal, ubicada en el barrio Centro. En este recinto se encuentran siete altares, cada uno con un santo principal: San Ildefonso, Virgen María, Santo Entierro, Benditas Ánimas, San Isidro Labrador, Virgen de Guadalupe y Divina Providencia. Cada altar cuenta con un grupo de cargueros, conformado por siete hombres y siete mujeres quienes asumen el compromiso -o el cargo- de organizar

y participar en las diversas actividades festivas para los santos<sup>i</sup>. En la comunidad se expresa que las actividades que organizan los cargueros son muy importantes, casi vitales, ya que con estas acciones se les manifiesta a los santos que se les recuerda, y estos, en correspondencia, protegen a la población de infortunios.

El cargo es rotativo, así que cada año hay un nuevo grupo de cargueros de los altares. Estos últimos y los integrantes de las cuadrillas de danza “toman el cargo” un domingo previo al miércoles de ceniza, en la fiesta para el Señor de la Humildad. Esto acontece en el periodo de secas, cuando los campos de cultivo están barbechados. Unos días después, el 19 de marzo, danzan por primera vez las nuevas cuadrillas, lo cual coincide con el inicio del periodo de siembra, que se extiende hasta mayo.

El 15 de mayo se realiza la fiesta para San Isidro Labrador y en el mes de junio tienen lugar las celebraciones para la Santísima Trinidad y Corpus Cristi;<sup>ii</sup> estas fiestas se desarrollan en el periodo de lluvias. La fiesta a la Virgen María, el 8 de septiembre, marca el fin del periodo de lluvias y anuncia las primeras cosechas. Para la festividad del primero de noviembre, el día de las Benditas Ánimas, la mayoría de las cosechas han sido levantadas.

De noviembre a enero, durante el periodo de secas y sesgas en los campos, se efectúan las fiestas más significativas de las comunidades, en las que participa un gran número de habitantes de San Ildefonso y de poblaciones vecinas; el 12 de diciembre es la festividad a la Virgen de Guadalupe; el 24 y 25 de diciembre se conmemora el nacimiento del Niño Dios; y el 23 de enero, es la fiesta para San Ildefonso, el santo tutelar de la comunidad. Como se puede apreciar, el ciclo ritual tiene una clara correspondencia con las actividades agrícola.

Tabla 1. Fechas de festividades y actividad agrícola

Fecha	Festividad	Actividad agrícola/temporada
23 de enero	San Ildefonso	Barbecha
2 de febrero	La Candelaria	Bendición de semillas
19 de marzo	San José	La viga y siembra
15 de mayo	San Isidro Labrador	Siembra y temporada de lluvias
Junio	Santísima Trinidad	Etapa de crecimiento del maíz, temporada de lluvias
Junio	Corpus Cristi	
8 de septiembre	Virgen María	Primeras cosechas
1 de noviembre	Benditas ánimas	Cosechas
8 de diciembre	Virgen María y Niño Jesús	Últimas cosecha y sesga
12 de diciembre	Virgen de Guadalupe	
24-25 de diciembre	Nacimiento del Niño Dios	
* Nota: Cuando se “aplana el campo” para comenzar a hacer los surcos de siembra		
Fuente: Elaboración propia.		

En este ciclo ritual el ofrendar es una acción central. A partir del registro etnográfico en dicha zona, sostengo que para este grupo, ofrendar es “la acción de proporcionar o de generar algo a modo de dádiva u obsequio, cuya cualidad está marcada por los significantes que corresponden a las nociones locales de digno, bueno, bello, etcétera, para agradecer o pedir perdón y benevolencias” (Borja, 2017:193). En este tenor, varias acciones rituales son consideradas ofrendas, como la danza y la música que se toca para esta; las procesiones, los rezos, las velaciones, al igual que algunos alimentos, arreglos de flores, cirios, por mencionar algunas. Con estas ofrendas, concedidas en momentos claves del ciclo agrícola, se generan buenas relaciones con los santos y se propician condiciones idóneas para el trabajo del campo y eventualmente, una buena cosecha. Pero dicho carácter propiciatorio no se ciñe solo a las labores de la milpa, al contrario, se espera ampliar las bendiciones en los diversos espacios de la vida.

Broda (2013) sugiere que la reciprocidad es un rasgo fundamental del concepto de ofrenda entre los grupos indígenas. Para el caso otomí, la reciprocidad es la característica sustancial de dicha noción y se puede advertir que en cada tipo de ofrenda se pondera el esfuerzo invertido, así como la disponibilidad de “hacer” con entusiasmo y de manera colectiva. En estas acciones subyace la idea de estar intercambiado trabajo o “haceres”<sup>iii</sup>. A partir de las ofrendas se establece una relación con los santos que posibilita una acción conjunta para lograr fertilidad, crecimiento, buscar el equilibrio en términos cosmológicos. Además, como sucede en otros pueblos de tradición mesoamericana, son imprescindibles para la constitución de la persona, tal como lo señala Good para el caso nahua:

Desde el punto de vista de los actores sociales indígenas [las ofrendas], su naturaleza e intencionalidad es mucho más compleja, la acción es ejecutiva y obtiene resultados al generar, crear y reafirmar relaciones sociales; los intercambios y la reciprocidad, con amor y respeto, constituyen a las personas, los pueblos y el grupo étnico en sentido relacional y dinámico (2013: 77).

### **Las ofrendas dulces**

En las comunidades otomíes del sur de Querétaro, desde hace varias generaciones se confeccionan objetos de azúcar para las actividades rituales; se trata de ofrendas que se elaboran en momentos clave del ciclo ritual, como lo es el cambio de cargos, o para las fiestas más significativas. En la mayoría de los casos, las ofrendas son hechas por encomienda de los cargueros y, al concluir, las fiestas suelen ser consumidas por ellos y sus familias. Como es el caso de la comunidad de Santiago Mexquititlán, perteneciente al municipio de Amealco; en esta población se realizan pequeños discos de azúcar a los que se les graban figuras -como cruces, flores,

serpientes, mazorcas de maíz, soles, lunas- por medio de sellos de madera hechos especialmente para ello. Estos discos, que se asemejan a tortillas gruesas, se cuelgan en dos grandes árboles que se sitúan para esa ocasión al interior del templo principal para la fiesta del Niño Dios. Encontramos otra ofrenda de azúcar en Ajuchitlancito, municipio de Pedro Escobedo. En este lugar, se elaboran sombreros de azúcar llamados “parandas”, los cuales son intercambiados junto con panes y cuelgas (frutas, galletas y/o dulces unidos por estambre, asemejando una especie de collar), cuando hay cambio de cargueros en el marco de las festividades a San José (Ana Torres, comunicación personal).

También se observa, entre los otomíes de Guanajuato, la presencia del azúcar en el ámbito ritual. En la Congregación otomí de San Ildefonso de Cieneguilla, del municipio de Tierra Blanca, para las fiestas patronales se preparan grandes panes, de hasta dos metros de longitud, llamados “cuelgas”, que son cubiertos con papel picado y varas que tienen pequeñas figuras de “pajaritos” o “gallinitas” hechos con azúcar (Urbina, 2016). En San Ildefonso Tultepec se hacen dos figuras con azúcar, una en forma de capilla y otra en forma de toritos; la primera se realiza para la fiesta al señor de la Humildad, en el barrio Yospi, y la segunda, se ofrenda en la festividad al Niño Dios. Como se puede apreciar, entre los otomíes del sur de Querétaro y el oriente de Guanajuato el azúcar es bastante significativa ciertos momentos rituales.

En San Ildefonso, además, hay otro tipo de “ofrendas dulces”, como es el caso de las “cuelgas” y la “Flor de Dios”, las cuales son elaboradas con alimentos y bebidas dulces de origen industrial –como caramelos y refrescos– y con frutas, tortillas y panes. Incluso, en algunas ocasiones los productos industriales han desplazado el uso de estos últimos alimentos. En las siguientes líneas analizaré la “flor de Dios”, las “cuelgas” y los toritos de azúcar, tres “ofrendas dulces” que manufacturan los otomíes de San Ildefonso Tultepec. Considero que profundizar en estos tres casos nos permitirá acercarnos a los sentidos de “lo dulce”, y comprender la preponderancia de este tipo de elemento en actividades rituales.

#### **1.- Flor de Dios y arbolitos con frutos dulces**

En la región que comprende los estados de Querétaro y Guanajuato, se puede apreciar una ofrenda muy extendida entre poblaciones otomíes y mestizas; algunos de ellos les llaman *chimal* (ej. Chalmita, en Pedro Escobedo, Querétaro), *frontón* (ej. Barrio de San Isidro, en San Juan del Río, Querétaro) o *súchil* (ej. San Miguel Allende, Guanajuato). Se trata de una estructura de varas y cucharilla<sup>iv</sup>, tejida y atada a dos troncos que le dan soporte, a la cual se le cuelgan varios alimentos, flores e imágenes de santos (ver foto 1). El tamaño y diseño de

dicha estructura varía en cada población. Por ejemplo, en la población de San Miguel, en el municipio queretano de Tolimán, al chimal –que mide alrededor de 20 metros de alto– se le coloca fruta, tortillas, panes, flores, dulces y banderillas de colores y se “levanta” enfrente de la iglesia del pueblo (Vázquez y Aguirre, 2008).

Sucede lo mismo en otras poblaciones queretanas. En la fiesta patronal del barrio de San Isidro, por ejemplo, en el municipio queretano de San Juan del Río, yerguen un frontal afuera de la iglesia, que alberga al santo festejado, y en este se encuentran colgadas frutas, tortillas, flores e incluso adornos hechos de semillas y cucharilla. En la Congregación otomí de San Ildefonso de Cieneguilla, para la fiesta de San Ildefonso y la Virgen de Guadalupe, se realizan dos ofrendas muy similares a la que acabo de referir, y se les llama arbolitos o *súchiles*; estructuras a las que se les colocan mazorcas de maíz, frutas, panes, dulces y ropas infantiles (Uzeta, 2004).

Foto1. Frontón en el barrio de San Isidro, San Juan del Río, Querétaro.



Fuente: Julio César Borja, 2017.

Broda, al proponer una caracterización general de las ofrendas, en los grupos indígenas, hace énfasis, entre otras cosas, en la importancia de mirar con atención la disposición y la forma en que están colocados los objetos que se ofrendan, porque esto permite entender “el mensaje que se expresa entre los objetos” (2013: 644) y obtener una lectura/interpretación de estos. Siguiendo esta idea y con los ejemplos expuestos, sostengo que para los otomíes de la región, la acción de *colgar* es una importante forma de ofrendar-agradecer. Teniendo en cuenta los debidos matices que exigen las particularidades de cada caso, es evidente, en términos generales, que lo que la mayoría de las cosas que se cuelga se vincula con los frutos y flores obtenidos del campo. Para los otomíes del sur de Querétaro “lo colgado” se relaciona con lo que Dios provee, con lo que

viene “de arriba”, con los elementos de la naturaleza (frutos, semillas, flores, animales), que permiten la existencia y el sustento. Hasta hace unas décadas, para la fiesta de Corpus Christi se colgaban animales para agradecer las bendiciones que Dios concede, tal y como lo registro Van de Fliert, en Santiago Mexquititlan:

Los cargueros se reúnen en el templo el día de Corpus Christi, muy de mañana, para sacar las imágenes del templo y preparar los bellos altares con abundantes listones policromos, panes redondos y plátanos enganchados sobre los santos y sus nichos. En el marco de los altares se cuelgan víboras, conejos, tlacuaches, peces en bolsas de plástico, tortugas, ardillas, camaleones, gorriones calandrias y algunos años se han visto hasta águilas y zopilotes. Estas ofrendas simbolizan la esplendidez de la Naturaleza y el respeto a los humanos hacia ella. En hñãñho, esta celebración se llama dãngo ya zu'we o sea “la fiesta de los animales” (1988: 156-157).

En San Ildefonso Tultepec, en todas las celebraciones del calendario festivo se realiza una ofrenda muy similar a las que mencioné. Me refiero a la *Denhi Kwa*, o “Flor de Dios” en castellano, hecha con varas de madera, forrada con cucharilla, en forma de semicírculo (con lado plano hacia abajo). La *Denhi Kwa* es colocada sobre la puerta de la fachada de la capilla del barrio Centro, un día anterior a la fiesta principal. Igual que sucede con el chimal o el súchil, entre la cucharilla se amarran varios alimentos, como fruta, panes, paquetes de galletas, tortillas de colores, botellas de charanda y de refresco, particularmente, de Coca-Cola.

En otros barrios de San Ildefonso, se instala una ofrenda similar a la que le llaman “arbolito”. En el barrio Bothe, en las fiestas a la Divina Providencia y a la Virgen de Guadalupe, los cargueros sitúan a la entrada de la capilla barrial dos grandes ramas de árbol –una de cada lado de la puerta– y les amarran varios alimentos dulces o con alto contenido calórico, como, frutas, galletas, bombones, caramelos, frituras, garapiñados y botellas de refrescos. Los habitantes de este barrio explican que esta ofrenda “es como” la *Denhi Kwa*, y mencionan que los alimentos que hay en ambas están asociados con los frutos, debido a que:

Dios desde un principio nos dio todo lo que encontramos en los árboles, eso [señala con el dedo los alimentos que cuelgan de la ofrenda] es lo que nos ha dado (Doña Catalina, barrio Bothe, 2018).

Aquí hay un nexo entre la figura de la flor y el árbol, el cual se instaura a partir de sus significantes compartidos, vinculados al crecimiento y a lo cíclico; además, ambas nociones están ligadas a los significantes fruta/frutos. Entre los otomíes de San Ildefonso, la flor está estrechamente ligada a nociones de fertilidad y a ciclos de regeneración<sup>v</sup>. En este sentido, los alimentos que cuelgan de la “Flor de Dios” pueden verse, de forma

metafórica y siguiendo a Dehouve (2009), como los frutos que se obtienen de manera cíclica, como los alimentos que se consiguen después de un ciclo de actividades en el campo.

Foto 2. Denhi Kwa o flor de Dios en la fachada del templo principal en barrio Centro.



Fuente: Julio César Borja, 2019.

La poca presencia de fruta y la ausencia de tortillas o panes es una de las particularidades de los arbolitos, ya que estos han sido desplazados por los dulces y frituras de origen industrial. Aquí se puede apreciar una conexión entre estos alimentos y las frutas a partir de sus "cualidades sensibles" (Lévi-Strauss, 2012). Es decir, mediante sus propiedades estéticas, como sus colores y formas, pero sobre todo por su sabor dulce y/o su aporte energético, se establece una relación de analogía con la fruta, la cual también es colorida, dulce y aporta energía. En términos más precisos, se constituye una asociación metafórica que permite conceptualizar los productos industrializados como frutos.

Foto 3. Alimentos dulces y de alto contenido católico ofrendados en los arbolitos en Barrio Bothe.



Fuente: Julio César Borja, 2018

Por otro lado, la preminencia de lo dulce también se debe al carácter festivo que se vincula a este tipo de alimentos. Esta última idea la desarrollaré en el siguiente apartado.

## 2.- Las cuelgas: el intercambio, la alegría y el trabajo compartido

La cuelga es una ofrenda presente en varias celebraciones, principalmente en las que se efectúan en el periodo de secas. En San Ildefonso Tultepec no he encontrado alguna explicación sobre el nominativo "cuelga", pero he observado que en otros contextos este término es explícitamente sinónimo de la palabra obsequio. Incluso, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define dicha palabra, en su segunda acepción, como: "regalo que se da a alguien en el día de su cumpleaños".

En San Ildefonso, la cuelga es vista como dádiva y, retomando el concepto clásico de Mauss (1979), como un "don", es decir, como un objeto con el que se instituye una serie de prestaciones y contraprestaciones. Las cuelgas se arman durante las fiestas para colocarlas sobre las imágenes de los santos e intercambiarlas entre cargueros. Esta ofrenda se confecciona con una variedad de dulces industriales como caramelos, paletas, chocolates, frituras, chicles, entre otros, unidos entre sí por un hilo formando una especie de collar. Hasta hace, aproximadamente, 15 años, era común que las cuelgas se hicieran con naranjas, panes de indio<sup>vi</sup> y galletas.

Es importante destacar que hay una correspondencia entre lo dulce y lo festivo. Esto se expresa cuando los habitantes de la comunidad lanzan caramelos al cielo como forma de expresar alegría cuando finaliza una misa, una procesión o un convivio. Por ejemplo, cuando se conduce en procesión la imagen del Niño Dios<sup>vii</sup> a la casa de los cargueros del altar de la Virgen María, en los días previos al 24 de diciembre, los anfitriones toman puñados de caramelos y los avientan al cielo al momento que llega la comitiva con la imagen. En ese momento todos los presentes, adultos y niños, se disponen a levantar los dulces del sueño, de manera afanosa y alegre. Esa misma acción tiene lugar el 25 de diciembre, en el atrio del templo del barrio Centro, justo cuando tiene lugar el convivio de Navidad. En algún momento los padrinos de la imagen del Niño Dios toman una bolsa llena de caramelos y después de marcar los cuatro puntos cardinales enfrente de la cruz atrial, lanzan los dulces hacia el cielo, al tiempo que la gente se precipita a recogerlos. Doña Macedonia, habitante de la comunidad, expresa: "...los dulces se avientan para que signifique que estamos felices", y justamente en esos momentos los asistentes se divierten mucho al querer agarrar los dulces en aire o ya en el piso. Además, estos dulces se piensan como una bendición, "son bendiciones que caen", decía doña Susana, otra habitante de San Ildefonso, "[los dulces] son

como lluvia, se supone que es la bendición del pueblo que recibe”.

En el apartado anterior señalé que este tipo de productos industrializados pueden tener un nexo con la fruta por su carácter dulce, y aquí vemos que también se relaciona con significantes como alegría y bendiciones. En este sentido, es comprensible que se utilicen este tipo de dulces para la creación de estas ofrendas, que explícitamente son vistas como regalos para los santos y sus invitados.

Entre las tareas que asumen los cargueros se encuentra el invitar a sus homónimos de otros barrios y comunidades a participar en la fiesta que les toca organizar. Los cargueros entregan una carta, de manera muy formal y con varios días de antelación, en la que se les invita a llevar la imagen del santo que resguardan y a participar en las actividades rituales que tienen lugar en los días que dura la fiesta. Se extiende la invitación al grupo de cargueros de la imagen (regularmente son catorce, siete mujeres y siete hombres), a los músicos (por lo menos un “violiner” y “tamborero”) y al rezadero. Todas las fiestas del calendario festivo duran tres días, la víspera, la mera fiesta y la torna fiesta, por lo tanto, los cargueros anfitriones deben calcular el número aproximado de gente que llegará, para preparar la cantidad suficiente de comida para alimentarlos durante la fiesta. Para la celebración a San Ildefonso en el 2018, una de las más grandes, se invitaron a cerca de 42 grupos de cargueros.

En la víspera llegan los cargueros con sus imágenes a la comunidad que está en fiesta. Los cargueros anfitriones y las cuadrillas de danza les dan la bienvenida con música, rezos, cohetes y palanganas con flores. Por su parte, los recién llegados obsequian a los cargueros locales una palangana con flores, cohetes y/o toritos<sup>viii</sup>.

En la comunidad se menciona que es muy importante que el santo sea festejado con los santos de otros barrios y de comunidades vecinas, porque así se ponen contentos. Sin embargo, esto último implica la organización de muchos quehaceres y la inversión de recursos, pero se sabe que este trabajo será devuelto en benevolencias por parte del santo, así como en comida y atenciones cuando ellos sean invitados a las fiestas de otras comunidades. Doña Francisca lo explica de la siguiente manera:

Así como salen 46 invitaciones [para la fiesta a San Ildefonso], aquí llegan cuarenta y seis invitaciones, yo te invito a ti, tú invítame a mí. Es como un intercambio, tú visitame, yo te visito, donde llegaste tiene que visitarte. Hay lugares que solo es día de ida y vuelta, pero hay otros lugares que son tres días, como en Aculco, que son cuatro días. Yo fui y me dieron tamalito, cafecito, y se portaron bien. Y así de buena fe, uno tiene que corresponder (Doña Francisca, barrio Centro, 2015).

Los pobladores de San Ildefonso subrayan que es importante que este esfuerzo se haga “de buen corazón”, ya que solo así se puede considerar que se hace un “buen trabajo”. Además, solo con una buena disposición o “con gusto”, los santos se sienten contentos y se hacen vínculos de amistad con los vecinos. Así lo expresa doña Rumualda, al hablar de la comida para la fiesta:

Hay que ofrecerlo de corazón también, si tú das comidita, aunque sea frijolito, mientras que tú le das a un familiar a tus papás o a alguien, si tú le das de corazón, se siente el cariño que tú lo das de buen corazón, de buena mente (Rumualda, barrio Bothe, 2018).

Aunado a esto, otro aspecto que es ponderado en la comunidad, sobre todo en las actividades rituales, es el trabajo colectivo y colaborativo. Es posible que dichas actividades se lleven a cabo gracias a amplias redes de colaboración entre familiares y vecinos, en donde la noción de reciprocidad es central. Entonces observamos que el trabajo colaborativo y “hacerlo con gusto” son dos valores del grupo altamente significativos de las prácticas rituales.

En la fiesta del Carnaval o para el Señor de la Humidad, en año 2018, que se efectuó en Barrio Yospi, los organizadores invitaron a los cargueros de 15 comunidades cercanas. Las imágenes invitadas permanecieron en la capilla del santo anfitrión durante los tres días que duró la fiesta. Como ocurre en todas las ocasiones, en el último día de actividades, cada comitiva de cargueros se situó en un punto del atrio de la capilla para armar las cuelgas; en el suelo, sobre lonas o plásticos, vertieron los dulces que traían consigo, los sahumaron y los bendijeron llevando a cabo varios rezos. Después de eso, de manera seria, comenzaron a amarrar los dulces al hilo para formar la cuelga. Este fue un momento de mucha convivencia, especialmente entre los cargueros de las comunidades. Hubo una labor colectiva simultánea a la vista de todos los presentes que tiene como fin el compartir, el intercambio.

Cada grupo de cargueros armó varias cuelgas, una por cada imagen que estaba al interior de la capilla. Cuando las cuelgas estuvieron listas los mayordomos las intercambiaron entre sí; se colocaron frente a frente, cada uno con su cuelga en la mano y cada uno hizo la señal de la cruz sobre la cuelga del otro, se agradecieron mutuamente el estar ahí y pidieron que aceptaran esa ofrenda “como muestra de amistad”. En relación con esto Tomás, habitante de Barrio Yospi, explica lo siguiente:

Se supone que se hace el intercambio. Yo le entendí, que al poner esos dulces se enlazan como si fueran pueblos hermanos, pues, como que conviven con todos, es decir, no hay problemas con el vecino de la otra comunidad. Se supone que es una tradición porque, porque en realidad todos contra todos [ríe]. (Don Tomás, barrio Yospi, 2018).

Poco tiempo después los cargueros entraron a la capilla, ya con las ofrendas que fueron intercambiadas, colocaron algunas sobre los santos de su comunidad y las restantes fueron puestas en cestos de plástico a los pies de la imagen. Posteriormente, los cargueros tomaron los cestos llenos de cuelgas y salieron en procesión dirigidos por los músicos y la Danza de Mujeres. Cabe destacar que la procesión con los cestos llenos de cuelgas; es el único momento de la fiesta en que los asistentes salen en procesión sin los santos. Al finalizar las actividades rituales, al regresar a sus casas, los cargueros consumen los dulces de las cuelgas<sup>ix</sup>. Los cargueros regresan a sus comunidades o barrios con el compromiso de invitar a los cargueros con los que intercambiaron cuelgas, esto, cuando les toque organizar la fiesta para el santo.

*Foto 4. La Virgen de los Remedios y el Señor de la Devoción con cuelgas en la fiesta de San Ildefonso.*



*Fuente: Julio César Borja, 2019*

Siguiendo a Gell (2016), el término “índice”, en una connotación amplia, puede ser entendido como un símbolo que denota ciertas atribuciones o intenciones; “el índice no es solamente el efecto de alguna causa, sino que también debe permitir una operación del pensamiento” (Gell en Bencionili, 2014: 30). En este sentido, la cuelga se puede ver como símbolo que condensa varios significantes y que expresa valores básicos del grupo en cuestión (Turner, 2019), como el trabajo colectivo, convirtiéndose en índice de este. Así mismo, esta ofrenda, al ser creada con dulces, es índice la alegría y bendiciones. Las cuelgas al ser intercambiadas, tal cual “enlazan”, crean y reafirman vínculos de amistad y trabajo compartido. Con estos intercambios, se concreta el compromiso de amistad entre cargueros y de estos con los santos, ya que ellos también forman parte de las redes de trabajo compartido e intercambiado.

### **3.-Los toritos de azúcar, calor y energía para el trabajo**

Como ya lo referí, en San Ildefonso se realiza una ofrenda de azúcar en forma de toro para la fiesta en honor al Niño Dios. Varios toritos son colocados junto con la imagen del Niño Dios en un altar que se construye especialmente para la noche del 24 de diciembre. Los cargueros de la imagen del Niño Dios mandan a hacer estas figuras para colocarlos en el altar navideño.

En la comunidad explican que cuando nació el Niño Dios había mucho ganado en los campos y, por esa razón, ahora en cada navidad se colocan toros en el pesebre “como cuando nació Jesús”. Algunas personas mayores de 60 años señalan que estas figuritas eran utilizadas para dicha fiesta cuando ellas eran pequeñas, incluso dicen que ya se usaban cuando sus abuelos eran niños. Para el 2018, solo había dos personas en San Ildefonso que hacen estas figuras, una de ellas, es don Mateo Blas, habitante de barrio Yospi, quién lleva décadas elaborándolos.

Para crear los toritos, don Mateo forma una masa que lleva azúcar, claras de huevo, jugo de un limón y un lirio<sup>x</sup>. Este último ingrediente muy importante, porque posibilita que la masa se endurezca y así se conserve. Además, el lirio tiene la particularidad de detectar si el azúcar está “contaminada” es decir, si tiene sal<sup>xi</sup>.

Al indagar sobre la figura del toro en el pesebre navideño, encontré constantes referencias sobre la fuerza de este animal y el trabajo de éste en la milpa. Aun con el hecho de que el uso del tractor ha comenzado a ser más frecuente en los barrios de las comunidades, la presencia del toro sigue siendo importante en el trabajo agrícola. Desde hace varias décadas la *yunta* de toros (y de caballos, aunque con una proporción significativamente menor) es imprescindible para llevar a cabo las actividades como el barbecho o la siembra. En relación a esto, don Mateo explica lo siguiente:

La yunta se usa para la barbecha, para la siembra y de ahí para escardar. Y cuando el maíz está así [señala con sus manos unos 20 centímetros], se tiene que subir la tierra, hacer de nuevo el surco. El tractor se usa para la siembra, pero de ahí ya no. Con el yugo de la yunta sí se puede pasar de nuevo, cuando el maíz está crecido (Don Mateo, barrio Yospi, 2018).

En una ocasión conversaba con Marcos, habitante del Bothe, sobre la festividad del Niño Dios y se tocó el tema de las ofrendas para la fiesta. Le pregunté por qué no se hacían borregos o cabras de azúcar, pues de acuerdo con la tradición esos animales también estuvieron presentes cuando nació Jesús. Marcos me respondió que los toros son animales fuertes, “como el trabajo que se hace en el campo” y que esa era la principal razón por la que se ofrecía toritos al Niño Dios, “se va a dar un animal que es fuerte, no uno que es débil” y añadió que los

hombres de “antes” eran fuertes como la yunta. Esta misma idea, así de explícita, la encontré cuando conversé con don Mateo, quien crea estas figuras:

Mi padrastro también tenía su yunta [...] él iba a vender sus ollas de barro, así como aquí es la tradición, y a él le platicaron [...] para que tu yunta crezca cástralo, quítale los huevos, y así mansito te dura unos diez años. Y sí le caló y sí toro, dicen que ya es buey, sí siguió igual, gordito, no se adelgazó, pero mansito, pero fuerte. Y así se usa en la yunta, fuertes [...] Los becerritos de azúcar, pues así es la tradición, porque cuando nació Dios había esos animalitos. Se ponen para que le den calor. Esos animalitos, como el de la yunta, son fuertes. (Don Mateo, barrio Yospi, 2018)

Doña Macedonia comentaba que los becerritos son animales que andan en el campo, “porque trabajan” y cuando nació Jesús esos animales “estaban en el campo y fueron a darle calor”. Ella explicaba que también se utilizan caballos para la yunta, pero “el toro o buey es mejor, porque aguantan más, porque son fuertes, aunque algunos utilizan caballos”. La yunta de toros y, específicamente, la fuerza de este animal es un referente del trabajo de la milpa y simultáneamente es un referente de fuerza que permite producir.

Los toritos de azúcar condensan varios significantes que son ofrendados al Niño Dios; por un lado, está la vinculación con la fuerza del animal utilizado para las labores del campo, por otro lado, el azúcar, que provee de energía y calor, al tiempo que lo dulce se vincula, como ya vimos, con bendiciones y alegría.

Para la fiesta de navidad el interior del templo principal se llena de adornos muy particulares. A los que tienen el cargo del padrino del Niño Dios, les corresponde colocar dos árboles –o ramas de grandes dimensiones– al frente del altar principal, uno de cada lado. Estos, al igual que las flores e imágenes que se encuentran en los altares, son adornados con tiras de algodón. Los padrinos, además, construyen un altar o “pesebre” justo a los pies de la imagen del santo patrón. En una mesa larga se monta una estructura que posibilita poner de fondo una tela blanca con bordados y contar con una especie de techo para poder colgar escarcha de diversos colores y grosores, focos de colores y diversos tipos de adornos. Entre estos últimos, sobresalen pequeñas figuras de azúcar en forma de campana o pajaritos que elabora la misma persona que hace los toritos. En el centro de dicho altar se ponen las imágenes de San José y la Virgen María.

En la navidad del 2018 también se colocaron varias imágenes de la Divina Providencia, de la Virgen de Guadalupe y del santo patrón, también situaron un Jesús en la cruz y un San Judas Tadeo. En uno de los extremos del altar pusieron, sin número específico, un montón de naranjas. En la media noche del 24 de diciembre, los padrinos del Niño Dios se dirigieron de rodillas, cargando

la imagen, de la entrada del templo al pesebre, acompañados de los cargueros de la Virgen María, los cargueros del templo, los rezanderos y los músicos. Al llegar al pesebre, ataron el ombligo del niño y lo colocaron envuelto en algodón al centro del altar entre la Virgen María y San José. A la par, ubicaron junto al niño 28 toritos, 14 de cada lado<sup>xii</sup>.

Algunas personas de San Ildefonso explican que el algodón que se cuelga sobre los árboles y los altares “es como el hielito que aparece en el campo” en esa época de secas y de frío invernal, cuando dicen que “heló” o que “cayó la helada” o el “aguanieve”.

Con los adornos y objetos que se colocan al interior del templo, éste se convierte en un “*modelo reducido*” de la comunidad del tiempo invernal, entendiendo este último concepto como el:

[...] resultado de una suerte de inversión del proceso del conocimiento: para conocer el objeto real en su totalidad, propendemos siempre a obrar a partir de sus partes. La resistencia que nos opone se supera dividiéndola [...] esta transposición cuantitativa acrecienta y diversifica nuestro poder sobre el homólogo de la cosa; a través de él, esta última puede ser agarrada, sopesada en la mano, aprehendida de una sola mirada (Lévi-Strauss, 2012:45)

En el interior del templo, el aguanieve cubre árboles, flores y campos, y todo un rebaño está rodeando al niño para asegurar que no pase frío. Los otomíes tienen injerencia en estos campos fríos y agrestes al colocar toritos índices de calor y fuerza. Con esta ofrenda se espera que el nacimiento del Niño Dios, que anticipa el inicio de las labores del campo, otorgue en esa temporada las condiciones ideales para el trabajo, como la fuerza, la energía y la alegría, así como el calor necesario para que crezcan los frutos del campo.

Foto 5. Los toritos de azúcar dando calor al Niño Dios.



Fuente: Julio César Borja, 2018

Junto con los toritos se ofrendan naranjas; en la comunidad no se explica por qué se coloca este fruto en

el pesebre, pero tiene sentido cuando recordamos el vínculo entre lo dulce-fruto, así como el hecho de que un fruto del campo esté acompañando una figura relacionada con el trabajo, como es el caso del toro.

### Conclusiones

En San Ildefonso Tultepec, las fiestas para los santos tienen una clara correspondencia con el ciclo agrícola, específicamente, con momentos claves del trabajo en la milpa. En estas celebraciones se llevan a cabo una serie de ofrendas comunitarias para agradecer a las generosidades recibidas y para propiciar más benevolencias. En este sentido, se puede elucidar que las ofrendas dulces son índices (Gell, 2016) de alegría, bendiciones, energía y fuerza. Estas se otorgan a los santos para generar una serie de intercambios que tienen como base la reciprocidad, es decir, se les otorgan dichos índices para que ellos confieran lo mismo en distintos ámbitos de la vida.

En la comunidad se explica que para obtener bendiciones –como salud y trabajo–, es importante trabajar de manera colaborativa. Al realizar e intercambiar las ofrendas, subyace la idea de intercambiar trabajo, con buena disposición o “de corazón”, con los santos, así como con los vecinos de la comunidad y de poblaciones aledañas. A partir del análisis de las relaciones que se crean entre los distintos elementos del ámbito ritual, se puede dilucidar que los dulces y otros alimentos con alto contenido calórico (como los caramelos, bombones, refrescos, etcétera) son asociados con los frutos, debido a que se crea una relación metafórica (Dehouve, 2009), entre los frutos y dichos alimentos industrializados, debido a sus “cualidades sensibles” (Lévi-Strauss, 2012), particularmente, por su sabor dulce.

Al igual que los frutos, los alimentos que se cuelgan son pensados como parte de lo que “Dios otorga”, de lo que provee en los campos. Aunado a su sabor, por sus colores, formas y la energía que aportan estos alimentos, se vinculan con la alegría y lo festivo. Respecto a esto último, se puede apreciar que las cuelgas (confeccionadas con dulces) son índices de alegría que se intercambian para consolidar lazos de amistad y cooperación entre vecinos y los santos.

En los toritos de azúcar se puede elucidar la conexión entre calor y fuerza. La figura del toro se vincula con la fuerza necesaria para el trabajo, pero también con el calor, por proveer de este al Niño Dios cuando nació. Asimismo, la asociación fuerza-calor, en esta figura, se enfatiza al estar constituida con azúcar, la cual aporta energía -y calor- cuando se consume. El torito se ofrenda en un altar que es colocado al interior de templo principal, y este último es transformado, con algodones que asemeja el hielo invernal, en un “modelo reducido” (Lévi-Strauss, 2012) de la comunidad en tiempos de secas.

Con el torito se está otorgando y se garantiza la fuerza y calor imprescindibles en este momento frío y seco del año, que antecede al inicio del nuevo ciclo de trabajo en la milpa.

Con las ofrendas dulces, los otomíes del sur de Querétaro están confiriendo a los santos elementos esenciales, como la alegría y la fuerza, para seguir con los quehaceres diarios, para seguir trabajando juntos.

### Referencias

- Benciolini, María (2014). *Iridiscencias de un mundo florido. Estudio sobre relacionalidad y ritualidad*. Tesis de doctorado. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Borja, Julio César (2019). *El trabajo que se ofrenda. El sentido local del trabajo entre las y los otomíes de San Ildefonso Tultepec, Amealco*. Trabajo de grado de maestría. México: El Colegio de Michoacán.
- Broda, Johanna (2013). “Ofrendas mesoamericanas en una perspectiva comparativa” en Johana Broda (compiladora) *Convocar a los dioses: ofrendas mesoamericanas. Estudios antropológicos, históricos y comparativos*, pp. 369-702. México: Instituto Veracruzano de Cultura.
- Dehouve, Danièle (2009). “El lenguaje ritual de los mexicas: hacia un método de análisis”, en Sylvie Peperstraete (ed.), *Image and Ritual in the Aztec World*, pp. 19-33. Oxford: International Series.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Disponible en: <https://dle.rae.es/cuelga?m=form>, consultado el 20 de febrero de 2021
- Galinier, Jacques (1990). *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gell, Alfred (2016). *Arte y agencia: una teoría antropológica*. Argentina: Paradigma indicial.
- Good, Catharine (2013). “La circulación de la fuerza en el ritual: las ofrendas nahuas y sus implicaciones para analizar las prácticas religiosas mesoamericanas” en Johana Broda (compiladora) *Convocar a los dioses: ofrendas mesoamericanas. Estudios antropológicos, históricos y comparativos*, pp. 45-81. México: Instituto Veracruzano de Cultura.
- Lévi-Strauss, Claude (1995). *Antropología estructural*. España: Paidós.
- Lévi-Strauss, Claude (2012). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, Víctor. (1999). *La selva de los símbolos*. España: Siglo XXI editores.
- Urbina, Mirtha (2016). *Urdir comunidad en tierra yerma. Reconstrucción/desestructuración en la Congregación otomí de San Ildefonso de Cieneguilla, Tierra Blanca, Guanajuato*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de San Luis A.C.
- Uzeta, Jorge (2004). *El camino de los santos. Historia y lógica cultural otomí en la Sierra Gorda guanajuatense*. México: El Colegio de Michoacán.
- Valverde López, Adrián (2009). “Santiago Mexquititlán: un pueblo de indios, siglos XVI-XVIII”, en *Dimensión Antropológica*, vol. 45, enero-abril, pp. 7-44. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Van de Fliert, Lydia (1988). *Otomí, en busca de la vida*. México: Universidad Autónoma de Querétaro.
- Vázquez, Alejandro y Aguirre, Imelda. (2008) “El cuerpo y la carne. Algunas reflexiones etnográficas desde el perspectivismo amerindio para la comprensión del Chimal entre los pueblos otomíes del semidesierto queretano”. México, Centro INAH-Querétaro mecanoscrito

## NOTAS

<sup>i</sup> Además de la organización de las fiestas del santo, se encargan de mantener limpio y con flores el altar del santo durante un año, y de colaborar con otros cargueros durante las celebraciones de cuaresma y semana santa, entre otras cosas.

<sup>ii</sup> Ambas fiestas son organizadas por los cargueros del altar de la Divina Providencia

<sup>iii</sup> Entre los otomíes de San Ildefonso el término trabajo está asociado con el hacer, es decir, con la capacidad de realizar una serie de tareas en las que se preconizan los vínculos colaborativos.

<sup>iv</sup> Es la parte inferior (amarilla, parecida a una lámina) de la penca que se encuentra junto al corazón del agave. Las bases del sotol tienen forma de cuchara, por eso les llaman cucharilla. El nombre científico del agave es *Dasyllirion acrotriche*.

<sup>v</sup> Para los pobladores de San Ildefonso Tultepec las flores son un elemento muy importante para la vida cotidiana y ritual. Las flores son vistas como algo digno de ofrendar, algo que es necesario tener y no debe de faltar. Esto se puede ver, entre otros momentos, cuando las mujeres son cargueras de un altar, tienen el compromiso de florear, es decir, de llevar cada sábado flores al templo para que los altares de los santos no se queden sin ellas. Las flores son además elementos de intercambio, ya que las personas las ofrendan a los santos para pedir protección, trabajo, una buena siembra, etcétera, y, asimismo, para agradecer por las cosas buenas ya recibidas. Se agradece las benevolencias como las lluvias, y todo lo que crece con éstas, como las flores mismas, es decir, se ofrendan flores para tener más flores (Borja, 2017).

<sup>vi</sup> Es un pan redondo, comúnmente de unos 15 centímetros de diámetro. Este pan se elabora en San Ildefonso y se distribuye entre las tiendas de la comunidad y fuera de ella. Se le llama pan de indio porque es consumido desde hace varios años principalmente por personas indígenas.

<sup>vii</sup> Esta procesión es conducida por los padrinos del Niño Dios. El cargo del padrinazgo del Niño Dios se vincula con el altar de Virgen María, no sólo porque la imagen del santo niño se encuentra en dicho altar, sino porque entre estos dos grupos de cargueros se generan una serie de intercambios

muy particulares que deviene un compadrazgo ritual. El padrinazgo del Niño Dios está compuesto por una madrina mayor y una madrina segunda, así como un padrino mayor y un segundo.

<sup>viii</sup> Estructuras hechas con varas, cartón y papel con pólvora, que forman la figura de un toro. Esta estructura es cargada por alguna persona mientras se les prende fuego.

<sup>ix</sup> Los habitantes de San Ildefonso explican que la tradición de las cuelgas no tiene más de cuatro décadas y que éstas se originaron en las comunidades del Estado de México.

<sup>x</sup> Lo que se utiliza es el bulbo de una orquídea. Esta planta crece sobre la corteza de algunos árboles. En otomí le llaman *donza* y al parecer se trata de la especie *Clatteya trianaea*, Linderm & Rchb.

<sup>xi</sup> En diciembre del año del 2018, los padrinos encargaron 40 toritos. Para su confección le llevaron a don Mateo un bulto de azúcar de 50 kilos, un kilo de limones y un poco más de un kilo de huevos. Don Mateo puso el azúcar previamente molida en el metate, un poco de azúcar glas y el lirio molido, en una cubeta con capacidad de 20 litros, y batió con un cuarto de litro de jugo de limones y las claras de 15 huevos. Batió varias veces los ingredientes hasta que queda una masa con una consistencia chiclosa. Tomó un poco de esa masa y la aplanó con el rodillo; cuando tuvo una capa de masa no tan blanda, la colocó sobre el molde del barro y le dio forma. Los toritos se forman utilizando dos moldes, cuando la masa endureció un poco la desprendió del molde y juntó las dos partes del toro con la yema de huevo y lo dejó secar al sol. Horas más tarde, cuando ya está completamente duro, le colocó los cuernitos. Al final que pinta los ojos y la boca con pintura vegetal.

<sup>xii</sup> El número de los toritos corresponde al número de los cargueros de la Virgen María. El seis de enero se quita el altar, y los padrinos entregan a cada carguero, a los siete hombres y siete mujeres, un par de toritos, es decir, una yunta.